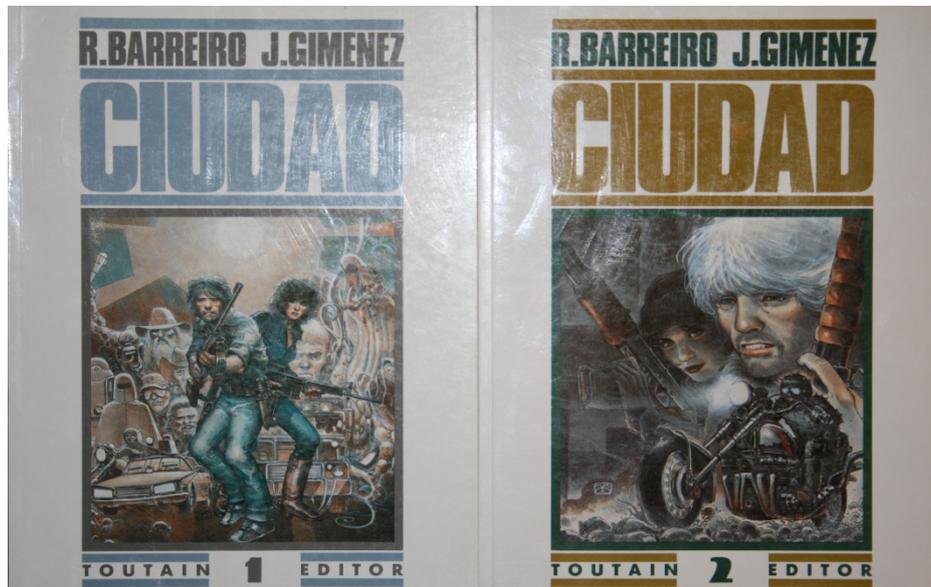


Alejandro Riera Guignet

Ciudad

de Barreiro y Giménez



Leí *Ciudad* en los ya lejanos años 80 y dejó en aquel adolescente que yo era una impronta de fascinación que ha llegado hasta ahora. Hace unos días me acerqué de nuevo a la obra con una mezcla de miedo y esperanza. Esperanza por recuperar las sensaciones de antaño y miedo por un posible desengaño. Tras la reciente lectura, mi entusiasmo por el cómic se ha visto no sólo confirmado sino multiplicado hasta el infinito. Además, muchos de los guiños y alusiones que, entonces, me pasaron desapercibidos, me han hecho disfrutar aún más si cabe de las peripecias de Jean y de Karen.

Tras la lectura, y pasado el entusiasmo por el reencuentro, me quedé reflexivo con los dos tomos en las manos. ¿Qué es la “ciudad” que nos muestran Barreiro y Giménez en su novela gráfica? ¿cuál es su razón de ser? ¿hay una finalidad oculta o un móvil que justifique su existencia? Y con estas preguntas en la mente empecé a pergeñar estas palabras.

El laberinto obligado

Jean, nuestro protagonista, nos lo deja claro desde el principio:

*Era un día como tantos otros
monótono...insoportable...aburrido.*

Su malestar, su apatía por su vida son evidentes en su actitud. Y, aunque es cierto que no se rebela ante su rutina existencial, parece harto de todo. Para su desgracia el cambio le va a ser concedido. Sin lógica aparente se ve abocado a un laberinto de calles que, en lugar de tranquilizarlo, le extrañan al principio y le empiezan a angustiar más y más. Las calles le son desconocidas, algunas tienen resonancias borgianas, el sol desaparece y Jean sólo puede correr hacia ningún lugar. Estalla el caos, entonces, y se ve envuelto en una batalla. Desorientado no sabe cómo reaccionar, pero es salvado por Karen. Junto a ella cree ser feliz, pero como su salvadora, no son más que náufragos en un laberinto que no han escogido.

Náufragos de un tiempo sin tiempo en un lugar que no es ningún lugar y es, a la vez, todos los lugares.

Ariadna en el laberinto

Karen es nuestra Ariadna en un laberinto de infinitos minotauros. Pero nuestra Ariadna es diferente: no dispone de un hilo que indique la salida de la trampa. Lo único que puede hacer es sobrevivir y enseñarle a sobrevivir a Jean. Reto tras reto la pareja irá enfrentándose a múltiples celadas que la ciudad les va tendiendo.

La primera de ellas es muy poco sutil: es la pura y simple guerra con vehículos armados. Karen ya ha adquirido los reflejos de una superviviente, pero Jean todavía se comporta como un espectador desorientado y torpe. Su reacción llega finalmente y Jean asesina por primera vez y rompe su cascarón. Cuando llora por su inocencia perdida, Karen está a su lado para consolarle:

Llora un poco, te hará bien... te comprendo, al principio yo también pasé por lo mismo.



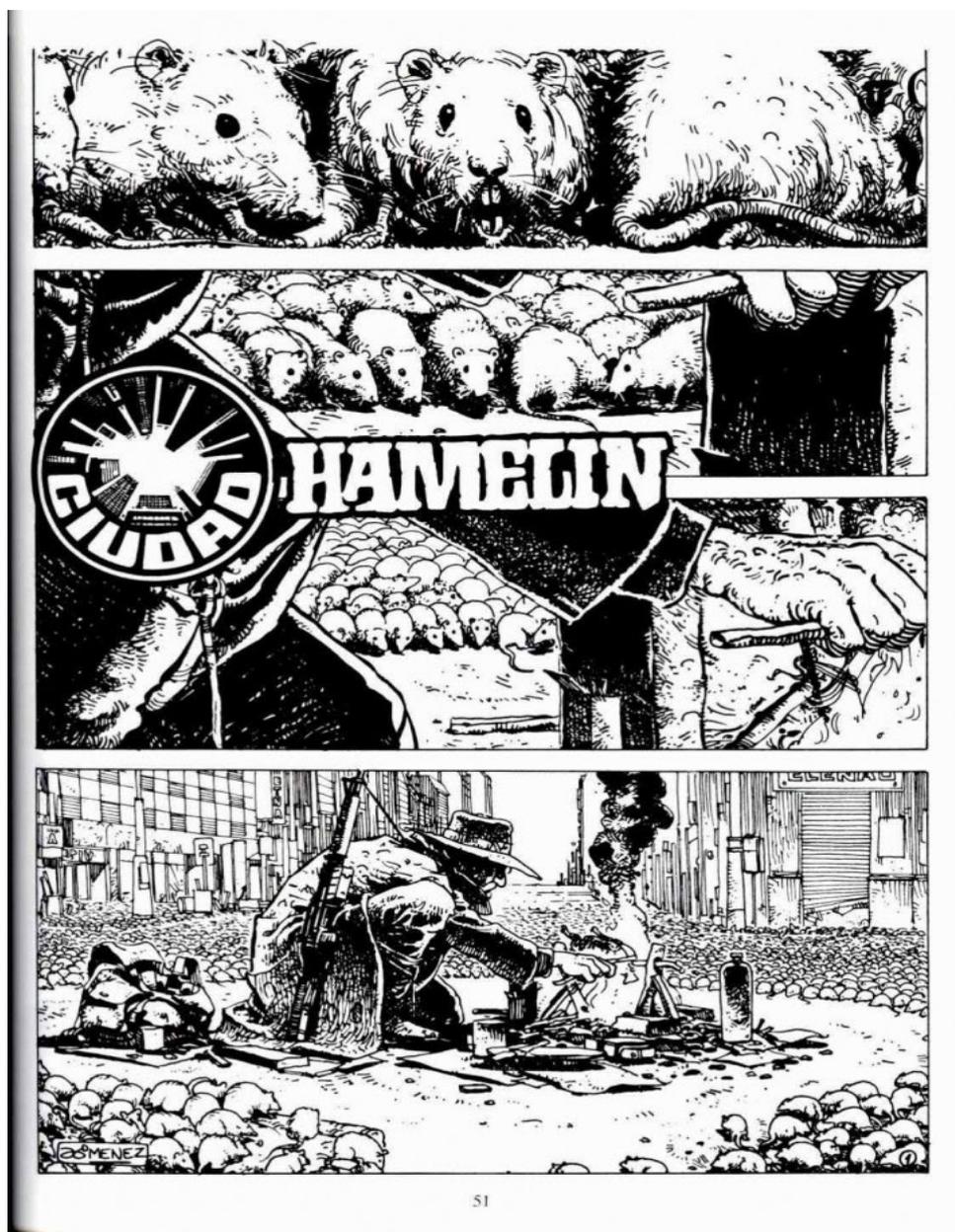
Terror en el hipermercado

Gracias a Karen, Jean va endureciéndose y cobrando seguridad. Pero las trampas que tiende la ciudad se van volviendo más sutiles y perversas. En el “Auto super market” son perseguidos por autómatas que controlan un local vacío siguiendo unas leyes que ya no tienen sentido. Se trata de aplicar la ley por aplicarla, por encima de la lógica. Y aquí, como en varias ocasiones la sombra de Kafka es muy alargada. Afortunadamente nuestros dos náufragos son salvados *in extremis* por un personaje que dedica su vida a luchar contra este super mercado diabólico. ¿Se trata de un loco? por enfrentarse a una de las trampas de la ciudad? ¿Pero quién es el loco un personaje que se enfrenta a una amenaza concreta o nuestros protagonistas que luchan contra lo inasible, lo inabarcable y probablemente infinito?

Y está pregunta permanece en el aire hasta las próximas trampas.

El destino de Hamelin, un viaje temporal y una secta lovecratiana.

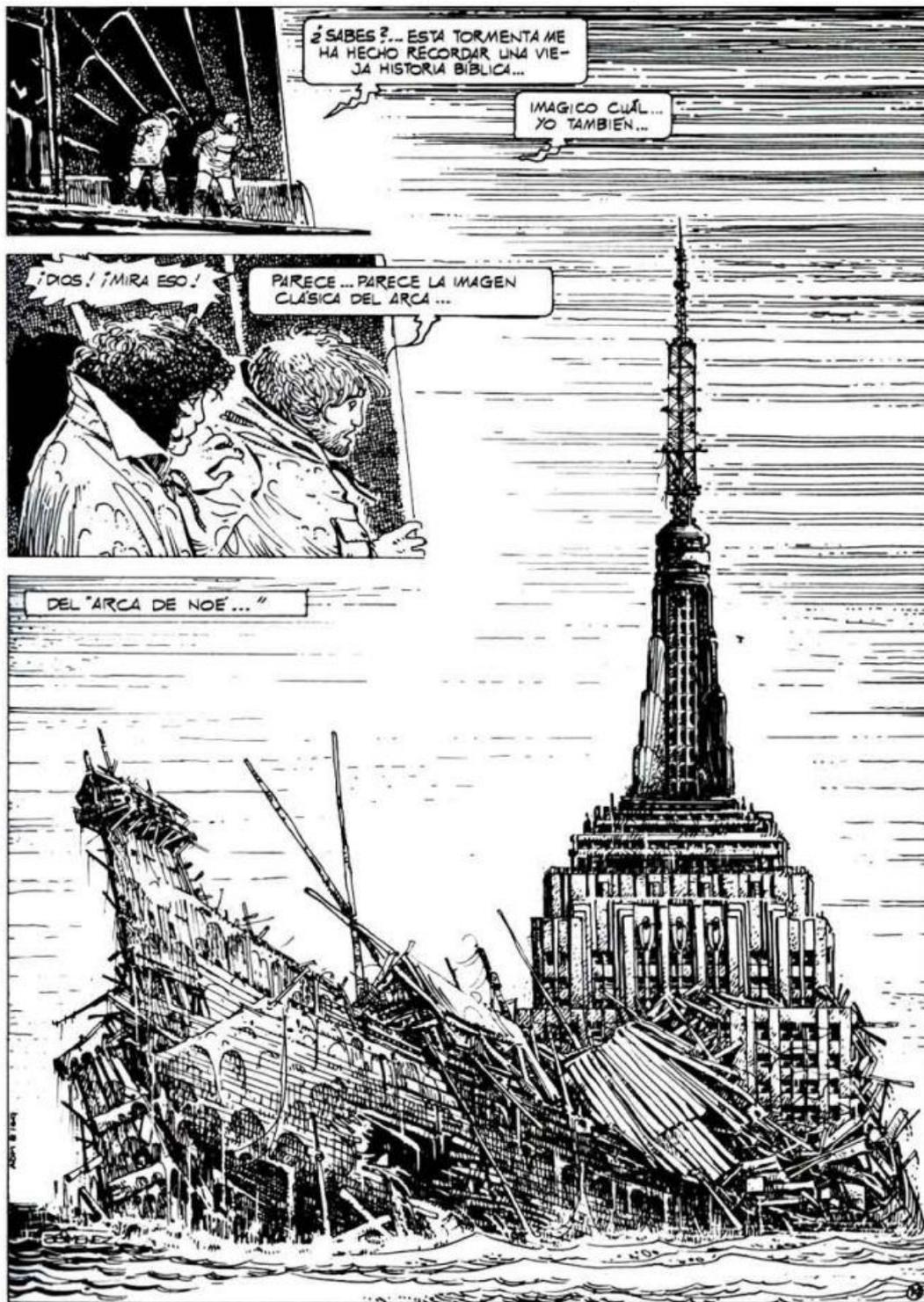
Hamelin es el primer encuentro con un personaje de nuestro acervo cultural. Pero, como todo en la ciudad, se ve distorsionado por sus cristales deformantes. Hamelin es quién es por sus ratas. Ellas le protegen y ellas le esclavizan. Su don es, a la vez, una condena y sólo quiere el fin del suplicio: matarlas y morir con ellas. Jean y Karen sólo pueden compadecer al condenado para luego seguir buscando la salida de su propia condena.



Si la ciudad deforma un mito como el de Hamelin, transforma un viaje en metro en un viaje temporal. Nuestros náufragos contemplan un destino mortal y se deciden a cambiar el presente para alterar el futuro. Nuestra pareja hace el amor en pleno viaje y, de esta manera, rompe una línea temporal que podía haberse tejido y que ya no se dará. Es en verdad una victoria, pequeña es cierto, pero cuando el vagón se detiene, lo hace en la estación llamada “Esperanza”. ¿Alberga algo de esperanza en sus entrañas la ciudad? Nos gustaría creerlo, pero a estas alturas nos resulta muy difícil.



En efecto, la ciudad no es sino una sucesión de trampas. La secta que reza a Cthulu no es sino una pandilla de caníbales y la lluvia que arrecia de pronto no es purificadora sino una inundación que enfrentará al hombre con el hombre y albergará en su seno a serpientes mitológicas y arcas bíblicas que han zozobrado para siempre.



Poe, el jardín de las delicias y los monstruos de la mente.

A estas alturas ya vemos que la ciudad lo es todo. Alberga en sus calles todo lo heredado del terror humano. Las peripecias

prosигuen y no hacen sino confirmar lo dicho. El barrio-castillo donde los refugiados se encierran, pero mueren contagiados por la enfermedad que se extiende entre ellos, es un turbio trasunto de los nobles encerrados para escapar de la muerte roja del relato de Poe.



Jean y Karen huyen a tiempo para caer en el jardín de las delicias y, como ya no nos fiamos de la ciudad, esperamos la trampa escondida detrás de la amable vegetación. Y así es en efecto, la vegetación se convierte en prisión y del tríptico del Bosco sólo se nos muestra el panel del infierno.



A estas alturas del horror cuando aparecen los monstruos del cine, ya sea de la productora Universal o de la Hammer, lo hacen

imbuidos de bondad. Y no podía ser de otra manera, frente a los horrores que estamos contemplando, los monstruos del cine no son más que tiernas figuras dignas de ternura.

La solución final

Frente a tanta maldad, la ciudad no podía sino reservarse la mayor maldad de todas: la posible libertad. Eso sí, la otra cara de la moneda (en la ciudad siempre la hay) es la muerte. El eternauta decide arriesgarse y, antes del paso decisivo se hace las preguntas que nosotros los lectores nos hemos estado haciendo desde el principio:

¿Cuál es la realidad? ¿puedo estar yo mismo seguro de mi propia existencia? La ciudad es un lugar fantástico. Quizá la intersección en un punto infinito de todos los continuums espacio temporales de la tierra...

Aquí no existe lo imposible. No hay lógica ni reglas; estamos en el infierno y el paraíso, al mismo tiempo en el Aleph de Borges o la infundibula cronosinclástica de Voneguth. En el todo y la nada... ¿y si acaso la ciudad fuera un experimento ejecutado por una super-raza extraterrestre...?

¿O si fuera tan solo una delirante pesadilla colectiva? ¿Y si ninguno existiese realmente? ¿Si fuéramos tan sólo personajes de una novela?...¿de un filme?

O por qué no...¿acaso de una historieta?



Pero el eternauta deja todas estas preguntas sin respuesta. Está cansado, cansado de luchar y decide arriesgarse. Toma el

ascensor que la ciudad le ofrece. Un ascensor que le puede llevar a la vida o a la muerte. Un ascensor que puede ser una trampa más de la ciudad.

Jean y Karen le ven desaparecer. Todavía tienen fuerzas, pueden continuar buscando. Y vuelven a caminar, para volver a caer y volver a levantarse en una condena infinita.

La ciudad-mental.

Como dije al inicio, tras tantos años, la relectura de la obra de Barreiro y Giménez me dejó pensativo ¿Qué es la “ciudad” que nos muestran Barreiro y Giménez en su novela gráfica? ¿cuál es su razón de ser? ¿hay una finalidad oculta o un móvil que justifique su existencia?

El eternauta en su monólogo de despedida nos da muchas pistas para desvelar el misterio. En la película *Dark City* de Alex Proyas la ciudad oscura del título es la creación de unos seres que mutan y transforman los edificios a su antojo, mientras los habitantes corren como ratones por los pasillos de la trampa. Aquí tenemos también a dos demiurgos invisibles, un guionista y un dibujante pues la ciudad es, en última instancia, una ciudad-mental tejida al unísono por Barreiro y Giménez. Todos los miedos, todos los horrores mostrados no son sino los suyos y, por su gran talento, también pasan a ser los nuestros. Esa es la vocación más grande de toda obra de arte:

Ser nuestro espejo.